

Algunas reflexiones sobre la Eucaristía en torno al pensamiento de Santo Tomás¹

Pbro. Dr. Juan Lisandro Scarabino

FASTA

RESUMEN

Santo Tomás fue un enamorado de la Eucaristía. Basta recorrer sus obras para darnos cuenta de ello. Pasaba horas y horas delante del Santísimo Sacramento: contemplando y alabando. Y Dios le fue permitiendo conocer grandes misterios acerca del Augusto Sacramento del Altar. Por eso desarrolló una profunda teología sacramental y también por medio de sus poesías compuso los textos para la fiesta de *Corpus Christi*. Todo esto es lo que queremos recorrer en estas reflexiones acerca de la Eucaristía en Santo Tomás de Aquino.

Palabras claves: Santo Tomás de Aquino, Eucaristía, *Corpus Christi*

ABSTRACT

Saint Thomas was a lover of the Eucharist. It is enough to take their works to realize this. He spent plenty of hours in front of the Blessed Sacrament: contemplating and praising God, who was allowing him to know great mysteries about the Eucharist. So he developed a deep sacramental theology and also through his poems, he composed the texts for the feast of Corpus Christi. This is what we want to iterate these reflections on the Eucharist in Saint Thomas Aquinas.

Keywords: Saint Thomas Aquinas, Eucharist, Corpus Christi

¹ Conferencia pronunciada en el Congreso de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino (SITA) el 27 de mayo de 2016 en Villa Allende, Córdoba, Argentina.

Introducción: el enamorado de la Eucaristía

Santo Tomás escribió sobre la Eucaristía mucho y en muy diversos lugares; sin embargo, nos dejó el testimonio de una persona enamorada del santo Sacrificio del Altar. Sus biógrafos nos presentan sus tres modos de orar: la unión de la oración con el estudio, la devoción al crucifijo y a la Eucaristía (Torrel 306-308). Esta última entendida y vivida como el sacramento celebrado a diario. Se sabe que el participaba de dos Misas diarias: una la celebraba y en la otra ayudaba.

También tenía la costumbre de recitar, en el momento de la elevación de la hostia, la segunda parte del “Te Deum”: “Tu rex glorie Christe, Tu Patris sempiternus es Filius”, hasta el final. Esto lo podemos entender si recordamos que este cántico recuerda en este momento los misterios de la vida Cristo. A quien le había sido acordado escribir del Santísimo Sacramento con hondura sin igual, le había sido otorgado también celebrarlo con extrema devoción. Tanta era ésta, que durante la Misa se le veía con frecuencia deshacerse en lágrimas, conmovido por los sagrados misterios e inundado por la gracia. Lágrimas viriles, por cierto, como derramadas por quien se nutría con el pan de los fuertes y en el instante mismo de tomarlo.

Pero es sobre todo durante la celebración de la santa Misa cuando tiene los prolongados éxtasis que marcaron sus últimos meses de vida: el del domingo de la Pasión (26 de marzo de 1273) y el de San Nicolás, ocho meses después (6 de diciembre de 1273).²

Santo Tomás ya había finalizado la questio 90 de la Tertia Pars, la redacción del tratado de la Eucaristía, concluida un poco antes, tuvo lugar aproximadamente entre estas dos últimas fechas. La evolución ya percibida en Orvieto, durante la época de la realización del Oficio del Santísimo Sacramento, llegaba también a su término y el autor experimentaba en su persona lo que había escrito: “Por el poder de este sacramento, el alma es espiritualmente restaurada, se alegra espiritualmente y, en cierto modo, es embriagada por la dulzura de la bondad divina, según las palabras del Cantar

² Santiago Ramírez, relata este episodio de la siguiente manera: “Por fin vuelve a su celda: Poco después, fray Reginaldo y los demás amanuenses se presentan ante él, como todos los días, para continuar el trabajo. Fray Tomás les agradece sus servicios, pero les dice que por entonces no les puede dictar nada. Se van. Horas más tarde vuelve fray Reginaldo por si necesitase de su ayuda. Sorpresa. La mesa de trabajo de fray Tomás está completamente transformada. No hay en ella códices, ni papel, ni plumas, ni tintero. Todo lo ha archivado en un armario. El no pasea ni lee sentado. Está de rodillas, y sus ojos son dos fuentes de lágrimas. ¿Qué le pasa?, pregunta fray Reginaldo. ¿No quiere que continuemos trabajando en la Suma? Hijo, no puedo, le contesta. Al día siguiente continúa lo mismo, como fuera de sí; y ese estado se prolonga un día y otro. Lleva ya más de una semana. Su compañero le insta todos los días para que termine su obra, por ser muy del servicio de Dios, y siempre obtiene la misma respuesta: Fray Reginaldo, no puedo... Ya de vuelta en el convento de Santo Domingo, volvió a insistirle fray Reginaldo una y otra vez que hiciese un pequeño esfuerzo para acabar la Suma, pues le faltaba muy poco, y la leve mejoría que había experimentado le bastaba para ello. Pero Tomás le respondía invariablemente: No puedo. ¿Y por qué no puede?, le replicaba aquél. Hasta que una vez, cansado de no obtener respuestas a esta su réplica, le suplicó con lágrimas en los ojos: Dígame, por amor de Dios, por qué no puede. Al verse conjurado en nombre de Dios, le contestó: Después de lo que Dios se dignó revelarme el día de San Nicolás, me parece paja todo cuando he escrito en mi vida, y por eso no puedo escribir ya más. Pero, en nombre del mismo Dios que has invocado, te ruego y mando que no digas a nadie mientras yo viva lo que acabo de manifestarte” (Ramírez, 65-68).

de los Cantares: Comed, amigos, bebed y embriagaros, amados míos” (Santo Tomás III q.79 a.1 ad.2).

Todo esto lo vemos reflejado también en el momento de su muerte. Ya en su lecho de muerte, en la abadía de Fossanova, luego de confesarse con fray Reginaldo y recibir el viático, pronuncia una profesión de fe eucarística. Según un testigo ocular, Pedro de Montesangiovanni, pronuncia muchas y bellas palabras acerca del Cuerpo de Cristo, entre las cuales figuran estas: “He escrito y enseñado mucho con relación a este muy Santo Cuerpo y a otros sacramentos en la fe de Cristo y de la santa Iglesia Romana, a cuya corrección me expongo y someto todo” (Torrel 312).

Sus escritos sobre la Eucaristía

Veamos, entonces, dónde ha escrito sobre la Eucaristía (Galmés 2-10). El mismo Santo Tomás afirma que ha escrito y enseñado mucho acerca de la Eucaristía. Sin embargo, son tres los que recogen el tema de manera completa y sistemática en forma de tratado: el *Comentario a los Sentencias del Maestro Pedro Lombardo*, escrito entre los años 1254 y 1256, en la *Suma contra Gentiles*, compuesto el año 1259 y en la *Suma Teológica*, redactada el último año de su vida y que constituye el tratado más acabado de los tres.

Encontramos también otros escritos sobre la Eucaristía. De marcado interés son los *Comentarios de los Evangelios de San Mateo y San Juan*, escritos entre los años 1256-1259 y 1269-1272, respectivamente. Estos escritos están basados en apuntes tomados mientras Tomás enseñaba, que después eran revisados por él mismo.

De mayor alcance podemos considerar la conocida *Catena aurea*, escrita entre los años 1262 y 1264, por encargo del papa Urbano IV. Para algún historiador, representa el momento decisivo en la forja de la doctrina de Santo Tomás, y que algún otro lo ha catapultado hasta considerarlo momento culminante del dogma católico. Amplia y aguda selección de textos patrísticos, nítida, expresión de la tradición, cuyo contenido es tan admirable como difícil de evaluar.

Desde otra vertiente, de amplio alcance popular y espiritual, no podemos silenciar el escrito litúrgico *Officium de festo Corporis Christi*, que el mismo San Juan Pablo II ha calificado de “summus theologus simulque Christi eucaristici fervidus cantor”.

También hay que sumar el extralitúrgico oracional del Santo, que incluye el conocido “Adoro te devote”, sumamente popular en otras décadas. El oficio encargado y promulgado por Urbano IV en 1264 ha sufrido todas las contingencias de las composiciones litúrgicas, revisado en las reformas a que los somete la Iglesia y a atender las necesidades pastorales según tiempos y lugares. Hemos de tener presente que un texto litúrgico no presupone haber sido creado *ex nihilo*, sino que selecciona y combina material de otras liturgias. Toma préstamos de fragmentos de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, con las aportaciones personales que realiza. Este oficio de Corpus fue reformado a lo largo de la historia, ya que fue modificado por San Pío V en el siglo XVI y por San Pío X en el siglo XX. Por esto no podemos afirmar que, tal como lo tenemos hoy, sea el Oficio que compuso de modo exclusivo Santo Tomás, pero tampoco sería correcto negarle la participación que tuvo el Santo a raíz de la “Bula Transitus” del Papa Urbano VI, del 11 de noviembre de 1264.

Otro asunto es el de su contenido himnológico. Los himnos de la liturgia del Oficio y Misa de la fiesta de Corpus Christi es su redacción latina son de Santo Tomás. Lo que han significado el “Pange lingua” y el “Tantum ergo” en el culto al Santísimo Sacramento excede toda comparación. Estrofas como el “Panis angelicus” del himno “Sacris solemniis”, o como el “O salutaris Hostia” del cántico “Verbum supernum”, han acompañado muchas horas de adoración y devoción ante el Santísimo expuesto en la sagrada custodia. La secuencia “Lauda Sion”, meditada y bien cantada, es una pieza de inconmensurable contenido teológico, que impacta y emociona. No podemos olvidar que todo el Oficio se relaciona con el culto al misterio Eucarístico animado por movimientos populares en países del norte, en especial Bélgica, y que pregona una especial devoción hacia la Sagrada Hostia expuesta en un Ostensorio, como objeto de veneración y devoción que concluye con la bendición del Santísimo. El centro se polarizó en Lieja, y lo difundieron piadosas comunidades. En 1246, intervino el obispo de Lieja, Roberto Turote, después de haberse entrevistado con Santa Juliana de Mont Cornillon, y habiendo consultado a Santiago Pantaleón, futuro papa Urbano IV, y la dominico Cardenal Hugo de San Caro, el Obispo instituyó en su Diócesis la fiesta del Corpus, a pesar de las reticencias con que topaba. La respuesta definitiva la dio ya Urbano IV con la mencionada “Bula Transitus”.

Muchos recordarán la preciosa antifona “O sacrum convivium”, que tan a menudo nos acompaña en el culto al Santísimo Sacramento en nuestros días. Tampoco podemos olvidar al “Adoro te devote”, oración que legó Santo Tomás y que ya San Pío V insertó en el Misal Romano, entre las oraciones recomendadas a los sacerdotes a la hora de celebrar la Eucaristía. Ritmo sagrado que fue llamado “maravilloso trofeo, composición armoniosa y general, que ha estimulado la piedad católica de muchas almas, más que muchos libros” (Galmés 5).

Algunas reflexiones sobre la doctrina eucarística de Santo Tomás

Ya hemos presentado, de modo sumario, los principales lugares en que el Santo trata sobre el tema. Hemos visto que el tema es muy amplio y también inabarcable. Santo Tomás aborda el alcance dogmático de la materia correspondiente. También desarrolla el contenido teológico moral y su irradiación social, pero nunca deja de lado las implicancias espirituales, presentes en su teología espiritual. Por otra parte, no debemos olvidar que era un profesor responsable de una cátedra dedicada a formar peritos en Sagrada Teología y que era un dominico, fraile predicador, con la misión de enseñar a todos desde la cátedra del púlpito.

A nivel dogmático, tuvo que abordar el problema y augusto misterio de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, a través de la escolástica seguida en las Universidades medievales, y apoyado en la filosofía aristotélica, para explicar la presencia real de Cristo en las especies sacramentales. Propone el concepto de “transubstanciación” (Santo Tomás III q.77, a.4), que hará suyo el Concilio de Trento (Sesión XII, Cap. IV), recordado por Pablo VI (Pablo VI: 46) y recogido en el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 1376 y 1413) y en su Compendio (283).

También llama a la Eucaristía el bien común espiritual de toda la Iglesia y que perfecciona a los demás sacramentos (Santo Tomás, q.65, a.3). Por esto será llamada “Sacramento de los Sacramentos” (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1330).

Santo Tomás de Aquino fue un expositor insigne de la doctrina teológica del Misterio, un cantor inspirado en el Oficio litúrgico del Sacramento que se prodigó en la cátedra, y en la alabanza del culto. Fue un maestro y poeta, que vivió en plenitud el venerado misterio, dejando constancia de las dos maneras en que Cristo actúa en el sacramento de la Eucaristía: como sacrificio y como sacramento (Santo Tomás III q.79, a.7).

El Santo nos legó dos oraciones de gran contenido, que pueden ser consideradas plenamente representativas. Por una parte, la oración “Colecta del Oficio de Corpus”; por otra, la antífona plegaria “O Sacrum Convivium”. El robusto tratado teológico sobre el Sacramento de la Eucaristía, desarrollado en la tercera parte de la Suma Teológica, que va de la cuestión 73 a la 83, recuerda la eficacia de la Eucaristía que se ordena a la santificación de las personas, representada en tres momentos que conforman el cuerpo doctrinal de la materia, y que miran al pasado, al presente y al futuro. En principio, tiene un momento conmemorativo/manifestativo, en que revive la sagrada memoria de la Pasión de Cristo, centro neurálgico del sacrificio redentor; otro momento que denomina manifestativo, en el que se hace presente la acción de la gracia en el sacrificio del Cuerpo y Sangre de Cristo, con la participación de la persona humana, a cuya santificación se ordena; y un tercer momento, que califica de preanunciativo, de visión escatológica, que anuncia la gloria futura.³

El poeta del Santísimo Sacramento

“No es frecuente que biógrafos y panegiristas acentúen la ponderación de Santo Tomás en tanto poeta. ¿Acaso se juzga a la gaya ciencia incompatible con la religión, a la belleza con la santidad?” (Terán 19). Y al leer y meditar los himnos eucarísticos, percibimos esta sensibilidad poética de Santo Tomás.

Nos vamos a circunscribir a cuatro himnos eucarísticos, designados por las primeras respectivas palabras, a saber: “Pange Lingua”, el “Sacris Someniis”, el “Verbum Supernum”, el “Lauda Sion”.⁴ Los cuatro forman parte del Oficio de la Fiesta del Corpus Christi.

Hasta la institución de esta fiesta, la única gran celebración de la Eucaristía era del Jueves Santo. Pero en ese día tan importante se celebran también otros grandes misterios de nuestra fe; además, pertenece a la semana litúrgica en la que la Iglesia entera se halla absorta en el misterio de la Pasión. La piedad católica necesitaba otra solemnidad en la que el espíritu gozoso de los fieles conmemorase exclusivamente ese abismal misterio de fe y de amor, esa maravilla del Pan de los Ángeles, convertida en pan de los hombres, en insustituible alimento de los peregrinos que pasan por este mundo: “Panis angelicus, fit panis hominum. O res mirabilis! Ecce panis angelorum, factus cibus viatorum”. Se necesitaba que quién compusiera el Oficio para esta nueva solemnidad fuera, a la vez, teólogo, poeta y santo. Y Santo Tomás reunía estas tres cualidades requeridas.

³ “Por tanto, el sacramento es signo conmemorativo del pasado, o sea, de la pasión de Cristo; es signo manifestativo del efecto producido en nosotros por la pasión de Cristo, que es la gracia; y es signo profético, o sea, preanunciativo de la gloria futura.” (Santo Tomás III, q.60, a.3, c. y ad.2).

⁴ Por una cuestión de extensión, dejaremos de lado el “Adoro Te Devote”.

Si la poesía sólo ha de manifestar lo muy profundamente pensado, sentido y amado, Tomás de Aquino, con una preparación tan larga como completa, tanto en el orden intelectual como en el orden afectivo, cuando el Sumo Pontífice le encargó el oficio de Corpus para componer sus himnos eucarísticos, no tuvo más que permitir que se derramara la abundancia de su corazón. No tuvo más que dejar que de la semilla teológica brotara casi espontáneamente la flor de la belleza escogida.

Se suele afirmar que el encargo del Oficio fue hecho simultáneamente a Tomás y a Buenaventura y que éste rompió y quemó su manuscrito al escuchar la lectura de la insuperable producción del primero. Fábula o no, pero con esto sin lugar a dudas, se quiere realzar la magnitud de la obra encomendada por el Pontífice al comparar los escritos entre las dos lumbreras de las fraternas Órdenes mendicantes.

Lo que es un incuestionable hecho histórico es el Papa Urbano IV le ordenó a Santo Tomás la composición del Oficio para la fiesta Corpus Christi.⁵ ¡Nos podemos imaginar la reacción inmediata del humilde fraile! Jamás tomaba una decisión ni emprendía tarea pastoral alguna, ni estudiaba, ni emprendía una disputa científica, ni enseñaba, ni dictaba ni escribía, sin retirarse previamente y encerrarse en un lugar secreto para rezar y sin implorar con lágrimas abundantes la inteligencia de los divinos misterios. En esta ocasión, podemos imaginarnos a fray Tomás postrado ante el Santísimo, del cual era muy devoto. Habrá derramado profusas lágrimas pero esta vez de inmenso regocijo y su plegaria se confundió con la dócil respuesta al mandato papal, condensando una y otra en las alabanzas del Salmista: “Con labios rebosantes de júbilo te alabaré mi boca” (Salmo 62, 6).

Los himnos de la liturgia de las horas se dividen de la siguiente manera: el de Vísperas es el “Pange lingua”; el de Maitines, “Sacris solemniis”; el de Laudes, “Verbum Supernum”.

En consonancia con la práctica hebrea, la Iglesia comienza esta celebración el día precedente, con las primeras Vísperas, para la cuales compuso Santo Tomás el himno “Pange Lingua”, transformándose, con el tiempo, en el canto preferido para la alabanza de la divina Eucaristía. Está asignado como himno para las dos Vísperas y también se lo canta en la procesión del mismo día, cuando el Señor es paseado triunfalmente por calles y plazas. Se escucha también en las adoraciones eucarísticas y, sobre todo, resuena majestuosamente el Jueves Santo, día en que la Iglesia interrumpe momentáneamente el duelo que embarga durante la Semana Santa para celebrar la institución de la Sagrada Eucaristía, volviendo a los ornamentos blancos, el color del divino Sacramento. Una vez terminada la celebración de la Santa Misa de la Cena del Señor, el celebrante, revestido de la capa blanca, conduce procesionalmente la sagrada Hostia, encerrada en el Copón, entre nubes de incienso que lo honran y al son de las estrofas triunfales del himno de Santo Tomás. No podemos olvidar que las dos estrofas finales son los conocidos versos del “Tantum ergo Sacramentum” y “Genitori Genitoque”:

Que la lengua humana
cante este misterio:
la preciosa sangre
y el precioso cuerpo.
Quien nació de Virgen

⁵ Sobre la autenticidad del escrito cf. Terán 35-69.

Rey del universo,
por salvar al mundo
dio su cuerpo en precio.

Se entregó a nosotros,
se nos dio naciendo
de una casta Virgen:
y, acabado el tiempo,
tras haber sembrado
la Palabra al pueblo,
coronó su obra
con prodigio excelso.

Fue en la última cena
-ágape fraterno-
tras comer la Pascua
según mandamiento,
con sus propias manos
repartió su cuerpo,
lo entregó a los doce
para su alimento.

La Palabra es carne
y hace carne y cuerpo
con palabra suya
lo que fue pan nuestro.
Hace sangre el vino,
y aunque no entendemos,
basta fe si existe
corazón sincero.

Adorad postrados
este Sacramento.
Cesa el viejo rito.
Se establece el nuevo.
Dudan los sentidos
y el entendimiento:
que la fe lo supla
con asentimiento.

Himnos de alabanza,
bendición y obsequio;
por igual la gloria
y el poder y el reino
al eterno Padre
con el Hijo eterno
y el divino Espíritu
que procede de ellos.
Amén.⁶

⁶ Esta versión en español es la que figura en el libro de la *Liturgia de las horas*, tomo I, del Secretariado Nacional de Liturgia de España.

Este himno está dividido en seis estrofas de seis versos cada una. Alternan sobre dos rimas consonantes por estrofa, lo que produce el más feliz resultado sonoro, lo cual se pierde al traducirse. Se destaca por su fuerza y pulcritud de expresión, como por su rigurosa exactitud dogmática. Es, sin lugar a dudas, una pieza maestra original y muy superior a todo lo escrito hasta ese momento o desde ese entonces sobre la Eucaristía. Podemos afirmar definitivamente que es un clásico, por lo cual es y será siempre nuevo.

El himno de los Maitines es el “*Sacris solemniis*”. Los Maitines son la Hora canónica nocturna. Los primitivos cristianos tenían que aprovechar, para poder reunirse de modo secreto, la oscuridad de la noche. Naturalmente, en esas reuniones ocultas, la oración y los cánticos ocupaban una parte principal. Pero aparte de esta causa circunstancial, propia de los tiempos de persecución, la noche avanzada ha sido y será, con su densa quietud y su impresionante silencio, bajo el firmamento inmenso, parpadeante de estrellas o impenetrablemente negro, un momento escogido para abstraerse de todo lo mundano y elevar el alma al Creador. Para estos privilegiados instantes previos al amanecer, escribió Santo Tomás otro magnífico himno eucarístico:

Sumando nuestro gozo al de esta fiesta
elevemos cordiales alabanzas,
y que todo lo viejo se renueve
corazones, acciones y palabras.

Hoy se recuerda la postrera cena
en que Jesús, conforme el viejo rito,
se dignó repartir a sus hermanos
el cordero y los ázimos prescriptos.

Una vez acabado aquel banquete
y después de comido aquel cordero
creemos que fue el mismo Jesucristo
quien se dio a todos, igualmente entero.

Como a flacos les dio a comer su cuerpo,
como a tristes los dio a beber su sangre,
cuando les dijo: Recibid, amigos,
lo que os doy a beber en este cáliz.

Así dejó instituido el sacrificio
y encomendó tan sólo al sacerdote
celebrar el oficio respectivo
y distribuir el pan que él mismo come.

El angélico pan se vuelve humano
y las figuras llegan a su término.
¡Oh maravilla! El pobre y el esclavo
comen el cuerpo de su propio dueño.

Oh deidad trina y una: te rogamos
que te dignes bajar a nuestra vida,
y que nos llesves por tus derroteros
hasta la misma claridad que habitas.

Amén.⁷

Es un himno imponente y majestuoso. En el que se nos invita a celebrar jubilosamente a la Eucaristía. Resaltamos la penúltima estrofa, la más hermosa del himno. Nos define a la Eucaristía como el pan de los ángeles, recordando al maná, que viene de lo alto. Y termina pidiéndole a la Santísima Trinidad que nos guíe por sus senderos.

El himno de Laudes es el “Verbum Supernum”. Como a la noche sigue el amanecer, así el Oficio de Laudes sigue al de los Maitines y se destina a santificar los instantes iniciales del día. También el alba es un tiempo sumamente propicio para el recogimiento y la oración: la paz de esos momentos en que despierta el día, en que la suave luz sonrosada de la aurora se anticipa a la inmediata salida del sol, nos incita a dirigir el primer pensamiento a Dios. Y ese primer acto del alma, dispuesta para las ascensiones espirituales, todavía no turbada por las repercusiones de los trabajos y preocupaciones de la jornada en que luego se ha de sumergir, tiene que ser forzosamente un acto de alabanza. Al clarear, toda la naturaleza parece saltar de júbilo en agradecimiento al Todopoderoso. ¿Puede el hombre, el ser privilegiado de la creación, guardar un terco silencio? El Oficio de Laudes, en la festividad de Corpus Christi, se halla enjayedado con un espléndido canto de amor con este himno:

Sin dejar la derecha de su Padre
y para consumir su obra divina
el sumo Verbo, que ha venido al mundo
llega al fin a la tarde de su vida.

Antes de ser (por uno de los suyos)
dado a quienes muerte le darían
en el vital banquete del cenáculo
se dio a los suyos como vianda viva.

Se dio a los suyos, bajo dos especies,
en su carne y su sangre sacratísimas,
a fin de alimentar en cuerpo y a alma
a cuantos este mundo habitan.

Se dio, naciendo como compañero;
comiendo, se entregó como comida;
muriendo, se empeñó como rescate;
reinando, como premio se nos brinda.

Hostia de salvación, que abres las puertas
celestes de la gloria prometida:
fortalece y socorre a nuestras almas
asediadas por fuerzas enemigas.

Glorificada eternamente sea
la perpetua Deidad, que es una y trina,
y que finalmente nos conceda
en la patria sin fin vida infinita.
Amén.

⁷ Versión española de Francisco Luis Bernárdez (1952: 101).

Este himno se compone de seis estrofas de cuatro versos, con rimas alternantes, excepto en la anteúltima estrofa, donde la rima se vuelve idéntica, para vigorizar el efecto del denso contenido.

Finalmente, el himno de la Santa Misa es la “Secuencia Lauda Sion”. La celebración de la Santa Misa es el culmen de esta solemnidad de Corpus. Correspondía que Santo Tomás concediese especial importancia a este himno eucarístico y así lo hizo. Es entonado luego de que con el canto del aleluya se ha evocado el júbilo inacabable del cielo, por eso, se lo llama “secuencia” o “lo que sigue”. Además, este texto obtuvo el honor de figurar entre las cinco únicas Secuencias que el Misal Romano conservó luego de la reforma de San Pío V. Por este motivo, se considera un honor que este himno figure como uno de entre la limitada lista conservada.⁸

Este himno de Santo Tomás es el más largo de los que integran el Oficio de la Solemnidad del Cuerpo de Cristo. Se compone de veinticuatro estrofas, que comienzan por siendo tercetos, pasan luego a ser cuartetos y concluyen como quintetos:

Glorifica, Sión, a tu Salvador,
aclama con himnos y cantos
a tu Jefe y Pastor.

Glorifícalo cuanto puedas,
porque Él está sobre todo elogio
y nunca lo glorificarás bastante.

El motivo de alabanza
que hoy se nos propone
es el pan que da la vida.

El mismo pan que en la Cena
Cristo entregó a los Doce,
congregados como hermanos.

Alabemos ese pan con entusiasmo,
alabémoslo con alegría,
que resuene nuestro júbilo ferviente.

Porque hoy celebramos el día
en que se renueva la institución
de este sagrado banquete.

En esta mesa del nuevo Rey,
la Pascua de la nueva alianza
pone fin a la Pascua antigua.

El nuevo rito sustituye al viejo,
las sombras se disipan ante la verdad,
la luz ahuyenta las tinieblas.

⁸ Las otras cuatro son: “Victimae paschali”, del Domingo de Pascua; “Veni, Sancte Spiritus”, de Pentecostés; “Dies irae”, de la Conmemoración de los fieles difuntos; y “Stabat Mater”, de la festividad de los siete dolores de la Santísima Virgen.

Lo que Cristo hizo en la Cena,
mandó que se repitiera
en memoria de su amor.

Instruidos con su enseñanza,
consagramos el pan y el vino
para el sacrificio de la salvación.

Es verdad de fe para los cristianos
que el pan se convierte en la carne,
y el vino, en la sangre de Cristo.

Lo que no comprendes y no ves
es atestiguado por la fe,
por encima del orden natural.

Bajo la forma de pan y del vino,
que son signos solamente,
se ocultan preciosas realidades.

Su carne es comida, y su sangre, bebida,
pero bajo cada uno de estos signos,
está Cristo todo entero.

Se lo recibe íntegramente,
sin que nadie pueda dividirlo
ni quebrarlo ni partirlo.

Lo recibe uno, lo reciben mil,
tanto éstos como aquél,
sin que nadie pueda consumirlo.

Es vida para unos y muerte para otros.
Buenos y malos, todos lo reciben,
pero con diverso resultado.

Es muerte para los pecadores y vida para los justos;
mira cómo un mismo alimento
tiene efectos tan contrarios.

Cuando se parte la hostia, no vaciles:
recuerda que en cada fragmento
está Cristo todo entero.

La realidad permanece intacta,
sólo se parte los signos,
y Cristo no queda disminuido,
ni en su ser ni en su medida.

Éste es el pan de los ángeles,
convertido en alimento de los hombres peregrinos:
es el verdadero pan de los hijos,
que no debe tirarse a los perros.

Varios signos lo anunciaron:
el sacrificio de Isaac,
la inmolación del Cordero pascual
y el maná que comieron nuestros padres.

Jesús, buen Pastor, pan verdadero,
ten piedad de nosotros:
apacientanos y cuídanos;
permítenos contemplar los bienes eternos
en la tierra de los vivientes.

Tú, que lo sabes y lo puedes todo,
Tú, que nos alimentas en este mundo,
conviértenos e tus comensales del cielo,
en tus coherederos y amigos,
junto con todos los santos.⁹

Las cinco primeras estrofas convocan a todos los que forman parte de la Iglesia, a una alabanza sin término ni medida de su Jefe y Pastor. Esta invitación a alabar al Creador y sus maravillosos trabajos se aplica por Santo Tomás a nuestra alabanza a Jesús. Los versos que siguen particularizan cada uno de los dones singulares del Salvador. Las cinco estrofas siguientes explican el real significado de la fiesta: se conmemora el día solemne en que fue instituido el divino Banquete del nuevo Rey. Luego vienen diez estrofas que nos dan un ceñido extracto del tratado de la Eucaristía. Su ciencia eucarística era muy profunda. A su vez, estaba dotado de una maestría insuperable para la síntesis. El principal obstáculo fue la necesidad de infundir a esos treinta y dos renglones la carga emocional y la fuerza poética capaces de hacer de meros enunciados teológicos, versos genuinos. Se reconoce en esas diez estrofas el rigor dogmático y la precisión escolástica. Luego se concluye con las últimas cuatro estrofas: “¡He aquí el Pan de los Ángeles! Pan que no debe tirarse a los perros”.

¿Cómo negar la efusión poética a las dos tiernísimas estrofas finales? No creemos que jamás se haya implorado a Cristo, en el Sacramento de su amor, con más absoluta y piadosa sencillez, con más cautivante dulzura: “buen Pastor, pan verdadero [...] apacientanos y cuídanos”. Y el Banquete eucarístico es el signo anticipativo del Banquete del Reino, donde beberemos el fruto de la nueva vid.: “...conviértenos en tus comensales del cielo, en tus coherederos y amigos, junto con todos los santos.”

Dejamos a Santo Tomás, nuestro Poeta del Santísimo Sacramento. Lo hemos acompañado por un camino donde la verdad y la belleza se unen y forman la claridad de un canto, un cántico que es antiguo y nuevo a la vez. El mensaje de amor por la Eucaristía que los himnos del santo Doctor transmiten será motivo de un amor por Cristo, que tiene que ser cada vez más grande. Nuestro objetivo es llegar a decir junto con el Angélico: “sólo a Ti te quiero, Señor.”

⁹ Esta traducción es el que realizó la Conferencia Episcopal Argentina y se encuentra en el leccionario de la fiesta Corpus Christi.

BIBLIOGRAFIA

Bernárdez, Francisco Luis (1952). *Himnos del Breviario Romano*. Buenos Aires: Losada.

Catecismo de la Iglesia Católica (1992). Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana. Disponible en:
http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica (2005). Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana. Disponible en:
http://www.vatican.va/archive/compendium_ccc/documents/archive_2005_compendium-ccc_sp.html

Concilio de Trento, Sesión XII, Cap. IV.

Galmés, L. (2005). “Ensayo de aproximación a la doctrina de Sto. Tomás de Aquino sobre la Eucaristía y su proyección espiritual en e-aquinas”, *Revista electrónica mensual del Instituto Santo Tomás* (Fundación Balmesiana), julio 2005: 2-10.

Liturgia de las horas (1972). Madrid: Secretariado Nacional de Liturgia de España.

Pablo VI (1965). *Encíclica Mysterium fidei*, 3 de diciembre de 1965. Disponible en:
http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_03091965_mysterium.html

Ramírez, S. (1975). *Introducción a Tomás de Aquino*. Madrid: BAC.

Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*.

Terán, S. (1979). *Santo Tomás. Poeta del Santísimo Sacramento*. Tucumán: UNSTA.

Torrel, J. P. (2002). *Iniciación a Tomás de Aquino: su persona y su obra*. Pamplona: Eunsal.